

GATAM I: El choque de los terrestres

Sebastián Oyarzún Arancibia

Image not found.

Capítulo 1

I.- La sombra inquieta.

Sus ojos perforaron el espacio y agitaron las nebulosas del despiste de quienes iban con él. El metro yacía en la estación los Quillayes con dirección a Vicente Valdés. El sujeto parecía mirarlos a todos, exigiendo atención, pero en la muchedumbre no miraba directamente a nadie. Con movimientos claros y precisos se movió entre la gente. Rozaba a quienes le daban espacio. Su olor era extrañamente atractivo, aunque muy molesto, un olor a piel sudada con lavanda. Su pequeño bigote, empapado por un olor a atún, pero recién cocinado o aliñado, esa esencia que abre el apetito. La gente ponía caras raras al verlo pasar, a veces cerraban el ojo con algo de asco, pero no era eso lo que sentían, puesto que cuando pasaba, pegaban la cara en su abrigo con textura de terciopelo. Una mujer que estaba cerca de la puerta lo miró a los ojos, con nerviosismo retrocedió al pasamanos contiguo. Empujó a unas cuantas señoras, que refunfuñaron en silencio. El metro se detuvo en la estación Baquedano. La puerta del vagón se abrió y entre la multitud de olores de caminantes zombies, desapareció aquel ser que hizo brotar hambre, asco, ternura, repulsión y extrañeza.

Un sujeto alto, delgado y con ojos profundos. Aquellos ojos piadosos que solo se ven en las figuras de cristo agonizante, esas que ponen en las iglesias cristianas con el afán de persuadir a los idealistas. De negro, solitario, caminante veloz, se paseaba por las calles del centro entre la gente que se detenía a comentar en sus celulares. Rozando y acariciando a las abuelas que caminan con lentitud. Nunca una sonrisa se le vio. Un gusto excéntrico, dirían algunos, todos los días llevaba consigo un pan con atún que devoraba sentado en el bandejón central de la Alameda. Extrañamente al sujeto no se le acercaban las palomas, aunque las migas cayesen por montones, no había caso. Las palomas salían a volar. Los perros ladraban más de la cuenta y más de alguna vez se vio al sujeto peleando contra los canes. El paraguas de madera original, zapatos delicados y largos le sirvieron más de alguna vez como protección. Cada fin de mes, el sujeto caminaba hasta el mercado. Seguido por un perro que al parecer era su único aliado. La mayor parte del tiempo se le vio hablando con el quiltro. Había gente que se reía al verlo conversar con el can, tan afablemente mientras caminaba, mas se sorprendían cuando el perro hacía la gracia: extraños bufidos y sonidos de nariz acompasados que parecían más una respuesta que un resfrío o un gruñido.

Con el salario del mes, se iba a meter a aquel sucucho donde la tía cocinera le tenía aprecio. Le ponían una mesa al fondo donde no llegase el sonido de los cantantes itinerantes y se le explicaba al público que la mesas de alrededor estaban ocupadas hasta que él terminase. No se sabe

cómo se las arregló para que la gente no reclamase. Todo iba bien, el perro se quedaba entre sus pies y recibía ciertas dosis de carne. Obviamente a nuestro personaje jamás se le vio probar la carne que apartaba. La merluza era su tentación.

En los Quillayes tenía un pequeño departamento. Dónde los vecinos reclamaban por el olor a estiércol que salía de la habitación. El hedor de las gatas, sus mascotas, era insoportable. Situación que solo sucedía durante el mes de Agosto. Puesto que nuestro personaje vivía en moteles durante ese mes. Tenía un gusto extraño: llamaba a prostitutas con ciertas características, las cuales fueran susceptible a los encantos y regalos. La proxeneta ya lo tenía marcado como cliente frecuente y excéntrico. Como cosa obvia, en su móvil le puso "el raro". Las vacaciones del "raro" eran durante este mes, lo que explica el hecho de que lograba todo con su encanto. Las mujeres que estaban con él, nunca se quejaron de nada excepto de su olor y sus sonidos, que aunque tiernos, llegaban a ser extraños.

La calma hacia su persona lo abandonará pronto, ya que en Santiago los enemigos crecen en las orillas, como malezas que escalan por las costillas de quienes logran ciertos objetivos. En esas orillas del mundo donde la gente no puede divisar a sus contrincantes, crece la rabia sin conciencia. La razón es simple: en la vida tenemos enemigos eternos. Las máscaras se caen y los instintos se desatan por doquier.

En una clase de yoga, la cual era frecuentada por Raúl Hinojosa, nuestro querido personaje, un antipático ser observaba con celo sus movimientos. Se sentó cerca de una compañera y comenzó a preguntar ciertas cosas sobre Hinojosa. Haciéndose pasar por un detective invitó a la mujer a tomar un café. Ella aceptó sin muchas ganas. Gabriela miraba la horripilante cara del sujeto que garabateaba en una pequeña libreta algunas de las respuestas que le daba. Su dientes saltones, sus ojos redondos a la perfección, su pelo precario pero rizado. Tenía un tic extraño que la hizo emocionarse y recordar a Topo Gigio. Los pelos de la nariz acariciaban sus bigotes, movimiento repugnante que le simpatizó a Gabriela. Cada vez que "Gigio" preguntaba algo, ella sonreía. La conversación lentamente empezó a transformarse en una conversación de conocidos a amigos. Extrañamente "Gigio" dejó de lado su personaje y se transformó en un pedante galán, lo cual llenó de curiosidad a Gabriela que con tono sarcástico siguió el juego. Caminaron por el parque detrás del museo de Bellas Artes y en un santiamén, se empezaron a contar algunas aparentes verdades. Gigio tomó tan en serio el arma de la actuación, que ni siquiera sabía qué era verdad o mentira. Gabriela lo creyó. Gigio en su afán de no esconderle nada, se sacó el disfraz de detective y le dijo que quería venganza.

El caso es retorcido, puesto que era presa de la envidia, los celos y la antipatía. En su mente resonaron diversas clases de explicaciones que

daban a entender que Hinojosa era un asesino de primer nivel. Sus sentimientos se volcaron hacia un papel protagónico donde el antagonista de todas las escenas era Raúl. "¡Asesino!" dijo en voz alta. Su mente se convenció de todo aquello. El enano tenía coraje, al parecer los sentimientos que sentía en contra de Hinojosa eran honestos. Venían de un pasado y se hilaban con argumentaciones que daban el ancho. Gabriela apretó la mano de Gigio y, por extraña que parezca aquella complicidad, celebraron en la Fuente Alemana con una cerveza y unos Barros Lucos su nueva amistad.

Gabriela comenzó a faltar a su trabajo e inventar una serie de enfermedades. Todo aquello le permitió juntar la suficiente información para vengarse de aquel "asesino". Como un sabueso, siguió entre la multitud al inigualable ser que se disponía a rozarse con la gente. "¿Cómo puede estar tan tranquilo?". En su mente corría la sarta de mentiras creadas por ese maniático de Gigio. Siempre lo perdía de vista. Las largas piernas versus las piernitas de Gabriela no era competencia justa. Las sesiones de Yoga con el pasar de los días se transformaron en observación. Gigio con el tiempo extendió la invitación de un café a una cerveza y luego al motel.

Gabriela se dio cuenta de que su vida iba de mal en peor, pero creía hacer justicia. Mientras veía el espejo que hay pegado en algunas de las habitaciones de los oscuros moteles, pensaba cómo había llegado hasta este punto. La mujer veía la espalda peluda de Gigio. Mientras él se restregaba en las tetas con felicidad. Los gemidos tímidos del hombre abrumaban a Gabriela. De un momento a otro pasó a ser ella quien sostenía las muñecas de aquel ser peludo y horripilante. Comenzó con una fuerza que se confundía con la rabia. Hasta que los cuerpos se unieron de tal forma que se estremecieron. De agitados a furiosos. La cama rechinaba y en silencio se miraron. Se querían matar. Era una especie de lucha. Se apretaron los cuellos y las uñas pasaban por sobre la piel haciéndose daño. Los golpes y los mordiscos se evidenciaron. La sangre de aquellos seres se pegó en las murallas. Se llevaban de un lado a otro. Ninguno terminó de sucumbir a la pasión. Aquellos cuerpos depresivos se despertaron a las siete a.m. y salieron del motel por distintas direcciones.

Urdir un plan parece obvio. El enemigo de Hinojosa sabía muy bien que el mes de agosto se aproximaba. Gabriela se había ofrecido en su totalidad. Los dos acordaron dar el golpe definitivo. Instintivamente Gabriela sabía que estaba haciendo lo correcto. Se vistió de ropas ligeras y esperó en la esquina del hotel cercano al metro Universidad de Chile. Vio a una mujer que se pintaba antes de entrar a ver al susodicho. En un Daihatsu Charade carcomido por el óxido, esperaba al volante Gigio. Con una bolsa de basura y una sonrisa malévola se estacionó, un poco abrumado pensando en los partes, en la calle París. Gabriela convenció a la prostituta de que la acompañara, puesto que necesitaba dirigirse a una dirección que desconocía. Arguyó que eran compañeras de trabajo y, por

complicidad y camaradería, la acompañara a su lugar de trabajo. Dispuesto así, el orden del plan era atrapar a la prostituta y entregarse como cebo al tal Hinojosa, que esperaba impaciente.

Gabriela era muy inexperta. Nunca en su vida había mentido tanto. Cuando de pronto vio al topo saliendo de aquella lata con ruedas, se puso nerviosa, tartamudeó y la meretriz dio cuenta de la rareza del acto. "Si quieren hacer algo, les pido que no me metan. No diré nada, no soy quien para juzgar. Prefiero perder a mi cliente antes de que me hagan algo." Después de escuchar eso Gigio se acercó a la prostituta y se intimidó por su gran tamaño. Su rostro era más rudo del que creían. Tenía una extraña apariencia híbrida entre hombre y mujer. Gabriela la observó de manera distinta y lo que le chocó fue lo decidida que estaba. Ella no podía ser así. La mujer se retiró con mucha honra, poniéndose su abrigo de piel. La pareja, un poco asustada, se subió al auto y comenzaron a dar vueltas por las calles internas. Pusieron un poco de música y sonaron los Beatles con su tema "Help!" Ninguno de los dos estaba seguro de lo que decía la canción, pero rieron por sentirse interpretados. "te gusta lo que le gusta al Hinojosa" dijo Gaby con tono sarcástico. Cuando los Beatles cantaban "Help me if you can, I'm feeling down..." el hombre detuvo abruptamente el auto. Gigio le pidió que siguieran el plan. Se bajó cerca de la estación U de Chile con un nudo en la garganta y con un temblor en las piernas. El auto siguió su marcha y sonaba en la radio "entre caníbales..." de Soda.

Sentía que su pecho saltaba más que nunca y caminaba dando tumbos por la calle. Llegó hasta el Hotel y dijo que el señor Hinojosa la estaba esperando. El conserje la miró de pies a cabeza y expresó que no repitiera nunca más ese nombre y que en su lugar lo llamara por su seudónimo: "El señor Catman" dijo regañándola por el error. Le pasó las llaves y le dio las indicaciones. El conserje tenía una nariz prominente. Una especie de Tucán mirón. Sus ojos celestes brillaron. La hizo pasar con un gesto de incómoda actuación afable. Gaby se subió al ascensor y miró hacia sus costados y observó como un chico buen mozo, intentaba no mirarla con lujuria. Se veía un tipo regio, con una cabellera abultada. Estaba transpirado, no obstante, a Gaby le gustó ese hedor. Se le pararon los pelos y se sintió algo excitada por la sensación que producía en su nariz. Él sonrió y se olió el bigote, se rascó con entusiasmo detrás de la oreja y luego se despidió dejando un olor a café en el aire. Gabriela intentó suspirar el número telefónico, pero se exigió completar su misión.

Se bajó del ascensor y caminó hasta la puerta número 47. Solo se entreabrió la puerta, la cual tenía la cadenita de seguro puesta que se estiró lo más que pudo. Adentro sonaba "Lady picture show" de Stone Temple Pilots. Ella recordó que, según su investigación, el disque "Catman" encontraba a todas las bandas igual que los Beatles. Sabía que

era una forma de llegar o engatusar a las prostitutas. La selección de canciones era perfecta para quienes vivieron su juventud o adolescencia durante los 90'. Con nerviosismo, la Gaby explicó el porqué no pudo venir su "compañera". Los ojos de Catman se cerraron y contiguo a esto cerró la puerta. Se escuchó un murmullo y luego algo que parecía el desplazamiento del seguro. Pegada a la puerta quedó la Gaby, esperando que abrieran. Hasta que la música cambió y se escuchó U2 "With or without you". Gabriela se estremeció porque aquella canción la conmovía totalmente. Cerró los ojos y entendió que su plan no era imposible. Los pasos de Catman se acercaron a la puerta y la perilla lentamente cedió. Gaby respiró y repaso su plan.

Capítulo 2

II.- Gabriela

Las manos arrimadas a los barrotes del metro. Ovejas entrando y saliendo de los vagones. Con suerte hay veces que podemos mirar a la cordillera. Depende el día vemos nubes o hermosura blanca de nuestra cordillera. A veces vemos edificios que quietos esperan el movimiento de la serpiente, cuyo nombre es Chile. En los ojos se siente el descontento de una vida difícil de sortear. Hijos e hijas de una depresión. Durante años sus padres vivieron una tormenta y la calma que viven sus hijos parece el infierno, porque el tiempo se estanca. Con aburrimiento Gaby observa una línea constante, alza la vista un poco y ve su triste figura. Juega con sus labios y da cuenta de su cuerpo. Con unos muslos más grandes de lo normal, un pantalón que le aprieta y una sensación constante de estar gorda.

Gabriela no es alta y su complexión, a pesar de sentirse gorda, no es del todo mal proporcionada. Su esbelta cintura permite que lo demás del cuerpo se le vea ancho. Sus pechos se ven grandes y la curvatura de su espalda parece molestarle. Muchas veces le han gritado en la calle. Ella se sonroja y piensa que está bien. Luego lo piensa y se arrepiente: Ha escuchado y entendido que eso es negativo. Pero su familia es machista, su padre le dice que no haga caso "son webadas" y su madre avala, puesto que los "churros suben el autoestima". Gabriela se siente cómoda con su vida. Aún permanece en la casa de sus padres, puesto que es imposible para ella irse a vivir sola, a pesar de tener un trabajo estable. El corazón de papá sigue en el hogar y eso, para el viejo, es una alegría. Gabriela todas mañanas revisa su Face y cuenta parte de su vida. Los me gustan le facilitan el día. En Tinder no es popular, ya que no recibe muchos Match. Hace mucho terminó una relación. Aún existen fotos cortadas en su habitación, un álbum destripado y un sinfín de cassettes guardados en cajas de zapatillas adornadas. Algunos Pepos, muñecas de porcelana y cuadros de fresas con ojos gigantes, siguen colgadas en su cuarto. Las fotografías pegadas en una pizarra del material de los corchos de vinos. "Ese vino tinto de mala reputación que tomó en los carretes de la U". Algunas cartas de sus amigas. La vida de quienes vivieron con el rollo fotográfico y la aparición de Face está muy dividida. La lucha de un pasado que no quiere desaparecer y una nueva forma de hacer vida. Los híbridos son muchos y aunque se aprenda a manejar el móvil con soltura, siempre quedan rastros de la memoria revoloteando.

Gaby resuelve romper algunas cartas de Village, que les había regalado su ex. Siente que los golpes de aquella relación desaparecen con cada carta rota en mil pedazos. Suenan las hojas una tras otra.

Gabriela ha salido con alguno de los torpes del Tinder. Ninguno ha resultado de su gusto. Todos quienes intentan salir con ella han intentado meterse en un motel apenas la conocen. Sin embargo, ella no se hace de rogar y aprovecha una noche de juerga para aliviar las penas con el sexo.

Se sabe todas las canciones de reggaetón que le dedican mientras se lo hacen. Todos quienes la elijen le tocan el trasero como lo hacía su ex. Cosa que le produce un dolor agudo en la boca del estómago. No obstante parece no importarle, puesto que aquel acto trae recuerdos de doble filo "Excitación y arrepentimiento".

Gaby siempre quiso tener una familia. Bromeaba en los supermercados llenando el carro de pañales. Una mirada fría y cruda le daba su Ex, quien prefería no desperdiciar el tiempo y salir de viaje. Según ella no era lo peor del mundo: "la sacaba a pasear". La mirada heteronormativa la posicionaba como el objeto que sacaban de un lugar a otro. Ella no decidía ni coordinaba. Se dedicaba a hacer los panes, a mirar el paisaje, a lavar, cocinar y, de vez en cuando, a realizar felación. Algunas veces no estaba de acuerdo y los golpes le llegaban. Su padre nunca observó con delicadeza la relación, mas odiaba al sujeto con profundidad "Lo quiero matar" decía cada vez que se juntaban en familia. Pero las cosas cambiaron cuando la Gaby conoció a Sepúlveda. Un tipo respetuoso, cariñoso y simpático, el cual la hizo participar de diversos proyectos. Su fidelidad llegó hasta el final, a pesar de que se le dieron muchas oportunidades para concretar, ya que este sujeto "Sepúlveda" no era un rival peligroso para su Ex. El que fue pololo de la Gaby siempre lo miró como un "Afeminado y maricón". Sepúlveda siempre estaba con Gabriela comentando y riendo. Se tomaban las manos y ella se mordía el labio, mas nunca halló respuesta a todas las insinuaciones que le hizo. Con el tiempo se empezó aburrir del maltrato y prefirió mil veces la amistad de Sepúlveda. El quiebre final fue cuando decidió decirle todo a su amigo. Se sentía con la energía, había aprendido a controlar su aura, espíritu y mente a través del Yoga. Sin embargo nada le sirvió, puesto que le llegó un parte: la invitación de Sepúlveda, quien se casaba en Argentina con Diego Martínez. Meses pasó llorando la desilusión, cambiando su cuenta de Face, casi como si fuese su identidad consiguió alejarse de todos y llegar donde Papá quien, obviamente, la recibió con los brazos abiertos.

Con el tiempo, Gaby, comenzó a mirar la vida con otros ojos. Se puso más lúgubre y quiso cambiar su vestimenta. Pero no resultaba. No había caso con su imagen, le faltaba algo que la hiciera cambiar. Hacer algo importante, ya que en el trabajo era nadie, en la casa era una niña y en el amor una víctima. Asqueada de todos mirando la cordillera, al pasar por el metro los Quillayes, vio a un sujeto delgado, con un olor asqueroso, se le revolvió el estómago. No podía creer que existiese una persona, cuya sola presencia le molestara tanto. Gaby lo miró todo el camino, aunque ocultando la vista, ya que pensaba que él también la observaba. Intentó cambiar de vagón. Sin embargo no lo logró, el grupo de ovejas eran más fuerte. Obligada estuvo en todo momento. Ese hedor espantoso no la dejaba en paz.

Al momento de llegar a Baquedano. Ella se echó hacia atrás tratando de esquivar al sujeto. Se abrumó y sintió una especie de violencia instintiva

hacia él. Sintió un terror, ya que la rabia creció desde su vientre. Sintió una extraña sensación de seguirlo y atrapar al sujeto con los dientes. Pensó por un momento que era su némesis. Pensó que podía leer su mente, su historia y sus oscuras pretensiones. Hackeó de manera ilógica el cerebro de aquel hombre "asqueroso" y sintió que era su deber detenerlo. El conocer a Gigio le dio la oportunidad de odiar con argumento de peso a tal hombre, que se apellida "Hinojosa". Se sintió capacitada para hacer justicia. Encontró la posibilidad de reivindicarse en la Tierra. Era su misión y ella debía cumplirla. Era parte de su proceso de reencarnación y, a pesar de no ser algo positivo, debía hacerlo para superar su etapa humana y convertirse en otra cosa. Era su último error en la Tierra. Era completar su esquema para que el camino de la transformación fuese más fluido. Podría llegar a ser Buda. Sus ojos se iluminaron, puesto que recordó todas las enseñanzas de Sepúlveda.

Un año de extraña relación con Gigio, le permitió dar cuenta de que este debía ser su error. "La vida que construye vive el Karma del asesinato". Una filosofía mal entendida y tergiversada por una mente atrofiada debido a la amargura. De víctima a victimario y, finalmente, la liberación del ciclo. No había marcha atrás. Allí estaba detrás de la puerta. Después de soportar a Gigio, perseguir, aprender y entender a su enemigo natural se disponía a eliminarlo. Catman permite que se abra la puerta.

Capítulo 3

III.- La audacia del gato

Al entrar a la habitación seguía sonando U2 inundando el ambiente con extraña ambigüedad de odio y respeto. A pesar de todo, la presa de Gaby parecía conocerla. Gabriela cerró los ojos y terminó respirando de sopetón todo el aire de la habitación, sintió aquel malestar de no estar cómoda. En realidad, no sabía que sentir ni cómo actuar. Corría viento y las ventanas tiritaban. Hinojosa movió una silla y, con caballerosidad, le ofreció asiento a su invitada. Catman parecía contento con el cambio. Sin perder mucho tiempo, Raúl se quitó la ropa. Dejó todo ordenado en un colgador y desnudo, se puso una bata sobre el lomo. Miró con atención a la mujer y le dijo: - Eres como un libro abierto- Sonó de pronto en la radio "Tus viejas cartas". Gabriela apretó los puños. Sin embargo, Hinojosa corrió a cambiar la canción y decidió poner un tema que le fascinaba. En la boca de Hinojosa sonaba la letra de "An old fashioned love song", todo mal pronunciado. Gabriela sintió aquel cantar como un maullido molesto. Pero nada la podía sacar de sus cavilaciones: se preguntaba una y otra vez ¿Cómo supo de mi malestar? Comenzó a respirar más fuerte. Se sintió un poco presionada. Sabía bien cuál era su misión, pero este sujeto era un mago que hurgaba en sus sienes hasta llegar a sus más recónditos pensamientos. De sus profundas meditaciones, fue arrastrada hasta el baile. Hinojosa la acercó hacia él con cara seductora y al bailar una añeja canción de disco, se relajó. Catman decía: -"The Doobie brothers es genial"- tomó la cintura a Gaby, quien se encontraba demasiado nerviosa aun, mas sentía que estaba haciendo el mejor papel de su vida, puesto que era "un libro abierto", pero aun así con respecto a su nerviosismo, no había rastro. Catman acercó su pelvis a la mujer y luego la invitó a la habitación. Sonó "Al Green" y Gabriela se entregó por un momento a la diversión. No le parecía del todo mal y se entretuvo con las bromas que hacía el gato para seducirla con excepción de ese sonido que hacía con la boca, como un maullido que lo encontraba muy extraño. En ningún momento a Gabriela le tocaron el trasero. Cayó una lágrima que secó rápidamente. Besaron su cuello y le hicieron sexo oral con lujuria. Nunca se había sentido tan atendida. La lengua le producía un placer inigualable. Sintió sus primeros orgasmos sinceros que no tenía porqué enunciar o exagerar. Con suma alegría abrazó a Hinojosa y le acarició la cabeza como si fuese un pobre inocente. Se subió sobre él y afirmó sus manos contra la cama. Tuvieron sexo al ritmo "What is this feeling" por quince minutos y descansaron. Luego siguieron hasta quedar dormidos. Gabriela despertó en medio de la noche y le preguntó a Hinojosa si quería beber. Solo se dignó a contestar:

-Levanta el citófono. Ellos saben-. Apretó el botón y pidió un aliado con jugo y para el gato sugirieron un vaso de leche tibia.

Llegó el camarero y fue atendido por Gabriela. Se puso nerviosa antes de

abrir la puerta. Menos mal era el tucán del conserje, que parecía importarle un comino la vida de Catman. Pasó rápidamente y dejó todo en la mesita de recepción. Gabriela con algo de pena, disolvió una droga en la leche del gato. Le pasó el líquido e Hinojosa se lo tomó rápidamente y luego se acurrucó en su bata. Hizo algunos ruidos extraños y siguió durmiendo. Gabriela se estaba a punto de arrepentir, se vistió y hasta le hizo un cariño. Sin embargo cuando ya estaba lista, vestida y esperando las 4 de la mañana para reunirse con Gigio, el gato sentenció entre sueños el nombre de la señora de Roberto Pérez o Gigio: "Mariela". Gabriela ya tomaba el pomo de la puerta, pero al escuchar aquel nombre salir de la boca de Hinojosa, se erizó completamente. Decidida, caminó hacia la ventana y soltó el seguro. En unas horas más el sonido despertará al "Asesino" y tendrá que venir a cerrar la ventana de par en par. La mujer se retiró rauda por los pasillos, esta vez bajó las escaleras, siquiera se despidió del tucán, quien solo la miró por el reflejo. Se detuvo en la Alameda y un borracho le gritó: -Guachita- Una sola mirada destruyó la moral del viejo chicha que quedó pasmado en la muralla. La fría mirada le quitó el calor del alcohol. El Daihatsu Charade, como si fuese un coche o una limusina, se detuvo y ofreció la apertura de puerta. El auto se perdió en la oscuridad y el borracho buscó abrigo en la esquina de un local. Los primeros autos y micros de la mañana hicieron más sonido de lo habitual. De pronto, desde el piso 4, un hombre a duras penas se levantó a cerrar la ventana que yacía abierta de par en par. Con algo de dificultad trató una y otra vez cerrar las malditas ventanas. De un momento a otro cayó de bruces al suelo. El borracho se levantó y miró cómo caía el cuerpo. Lo que más le sorprendió fue cómo cayó: como un gato.

Capítulo 4

IV.- Vieja amistad

Cinco años atrás Roberto Pérez fumaba un cigarro afuera de una botillería. Esperaba con ansias que alguien apareciese en la esquina. El viento soplaba fuerte y se sentía como en casa. Sus ojos vidriosos recordaban, los días felices en Osorno donde convivió por un tiempo con Mariela, su señora.

El hombre pequeño movía el mostacho de un lado a otro. Se pegaba el labio a la nariz y seguía fumando. Exhalaba todo el veneno pútrido del cigarro, el único mal hábito que no pudo expulsar durante su estadía en el recinto medicinal alternativo. Habían dejado todo para acompañar a un tal doctor Melinka. Pérez se preocupó un tanto al sentir las ganas de fumar otro, así que aprovechó e hizo una letanía la existencia del cigarro. Ya habían pasado cinco años en los que estuvo limpio y por culpa de esta espera, tuvo que sacar el segundo cigarrillo. Su vista estaba fija ante aquella esquina que parecía partera de una verdad. Sin embargo, no era más que un encuentro. El nervio del hombre llamó la atención del sujeto que atendía la botillería. De un momento a otro, la voz ruda detrás de las rejas hizo saltar a Roberto, quien abrió unos ojos gigantes por el susto. Las paletas de los dientes se vieron expresas en la noche y la espalda erizada sugirió un tono burlesco por parte del vendedor. Pérez se reincorporó cuando dio cuenta de que no existía amenaza. De hecho, le pareció extraño preocuparse por alguien que está detrás de una protección. Roberto sonrió levemente y siguió con la mirada fija a la esquina. La noche se pronunció un poco más. Sin dejar de observar, decidió retirarse. Su cabeza se giraba en cada momento hacia la esquina. Lamentablemente no vio a nadie. Sabía bien la hora, los pasos y la rutina de su amigo. Sin embargo nada de esto se conectó. Durante la caminata se encontró con diversos rostros preocupados por llegar a casa y descansar del embiste del frío y del viento. En su cara se notaba una muestra de altivez y profundo desprecio respecto al ser humano. No obstante, esta espera era para un alguien, quizás poco común, pero alguien al fin. Algunos minutos más tarde llegó al departamento. Al abrir la puerta se encontró con una penumbra que cercaba a una luz central, tenue y débil. Muy pegada a las paredes, casi sin tocar la única luz presente en el departamento, se acercó Mariela. Sin mover la boca se escuchó un sonido vibrante. La voz preguntaba sobre el encuentro y Pérez no sabía muy bien qué responder. Con nerviosismo, intentaba fijar la mirada a lo que proyectaba la luz. Con un poco de temor se acarició las mejillas y puso las palmas al lado de cada ojo disimuladamente. Roberto parecía un caballo de feria. La sombra seguía preguntando por el sujeto y el encuentro. No hubo respuestas. De un momento a otro sonaron dos a tres murallas. Era como si un animal gigantesco se moviese dentro del pequeño departamento. Sonó un portazo y las ventanas vibraron. La luz volvió al comedor, después de conectar la lámpara, ya todo parecía

normal. Roberto se estancó horas en la mesa, con un nerviosismo inexplicable. Sentía que su espalda sudaba. Al rato, como un niño, olvidó la reprimenda. Se repitió una y otra vez que todo era normal. Se levantó de la silla, recalentó algo de fideos y arroz que tenía guardados en el refrigerador. Comió con asco y revisó los diarios para relacionarse con el medio.

Aquella escena se repitió al día siguiente y el subsiguiente hasta que al fin, en la esquina, aparece un sujeto alto, delgado y con un abrigo que le cubría el cuello. Roberto se adelantó, apagó el cigarro y caminó hacia el tipo quien iba con prisa. Intencionalmente, Pérez cayó sobre el sujeto, quien se echó a un lado y alcanzó a tomarlo. Sus ojos se cruzaron y los pómulos, presionados por la sonrisa, se elevaron de forma natural en los rostros. Una sonrisa boba y golpeteos en la espalda. Casi con nerviosismo y sin intención de ser invasivos, no se hablaron. De pronto Pérez cae en la cuenta y dice en voz alta: "cinco años". Con una voz trémula, Roberto, sigue la frase con: "Mi amigo del alma, Raúl Hinojosa".

Capítulo 5

V.- El caso de Mariela

Martina se lavaba la cara con fuerza tratando de sobreponerse a la pena que la invadía. Se pasaba una y otra vez las manos casi queriendo borrar las pecas de la cara. Hace días se sentía desmotivada. Era la encargada de monitorear, redactar y contrastar pruebas para un todo coherente, es decir, la encargada de investigaciones de la policía. Obtuvo sobresaliente en todas las asignaturas. Era brillante al deducir o inferir ciertas situaciones. Nunca tenía la última palabra, pero guiaba como perro lazavillo a quienes se hacía llamar detectives. Era una mujer bastante proactiva, solitaria y sencilla. A sus 17 años fue incluida en el cuerpo de carabineros de la región del Biobío.

Con una estatura media, no más del metro sesenta, estaba a la altura de los más prestigiados detectives de la PDI. A pesar de tener un cargo de carabinera, estaba relacionada con la escuela de investigaciones, quienes le brindaban apoyo constante. Su cabellera roja se distinguía en las principales fotos donde se veía algún muerto. A todos los peritajes la invitaban. Nunca pensó encontrarse con un caso ilógico hasta que conoció el caso de "Mariela". El asunto parecía bastante simple. Una mujer abandona a dos hombres y, por las circunstancias, se duda quién es el hombre abandonado. Era cosa de seguirle el rastro. Pillarla en el aeropuerto, estación de buses o estación de metro-tren más cercano. Dos hombres pedían la búsqueda de la mujer. La dualidad que pronosticaba el caso abreviaba los hechos. Mariela abandona a Hinojosa y Pérez la mañana de un lunes 15 de agosto. Todo iba bien hasta que se descubren las cintas de seguridad. Siendo las 7.15, Mariela caminaba como un ánima por el corredor, se adentraba en el ascensor y desaparecía. Misma hora, distintos departamentos, uno en los Quillayes y otro en la calle Colombia. Los dos hombres admiten haber compartido con la misma mujer una rutina de noviazgo y de engaño. De Mariela no hay antecedentes, no existe en los registros, no hay datos en el Registro Civil. No hay caso con la información, de hecho nunca nació. Hay pruebas de que existe: las cámaras de los guardias de ambos departamentos, quienes brindaron ayuda y el testimonio de Hinojosa y Pérez. Martina respiró hondo, puesto que sus compañeros creyeron que había aceptado al ser dual que nunca existió, lo cual no se alejaba de la realidad. Las pruebas estaban, la certeza distendía de la realidad. Se enfrascó en la investigación de quién era Mariela. La PDI resolvió que las cámaras fueron alteradas, casi como un juego de un alguien despechado. El mismo inspector Garmendia, quien le pidieron supervisar la investigación, detalló en su informe: "Mariela es una incógnita con un objetivo claro. Ella desaparece, puesto que no quería elegir. Aquello se corrobora cuando Hinojosa y Pérez aducen que le pidieron escoger entre los dos de forma reiterada. Creo que esto no es más que un caso de indecisión y una jugarreta ilegal de papeles: desaparecer del sistema es un delito. Volviendo al punto: Una mujer

decide no elegir y desaparecer sin dejar rastro. Favor comunicar a todos los organismos que dejen esta indagación sin sentido y enfraquémonos en verificar si aquella "desaparición" de Mariela significa muerte o, simplemente, adulteración de documentos para escapar del sistema".

La oscuridad de la noche se alimentaba de las luces que entraban por la ventana del departamento de Martina. Ella era iluminada por su notebook. Sus lentes reflejaban el mensaje de Garmendia. Se repitió una y otra vez: ¡Estúpido!

Su perro raza Terrier, el "Watson", se acostó sobre las piernas desnudas de Martina, quien enajenada seguía buscando información por internet. Se rascaba la cabeza y el culo casi como buscando y escarbando una respuesta ante tal incógnita.

Se demoró dos meses buscando pruebas. Se paró una y mil veces frente al departamento donde ocurrió la desaparición de Mariela o dónde creía que había sucedido aquel extraño caso. Hasta que en el hotel, donde residía Hinojosa, una pareja vecina ya no aguantó más el olor nauseabundo que emanaba de los cables del ascensor. Se acercaron a mirar y ¡bingo! En ese lugar yacía el cuerpo de Mariela. El prestigio de Martina se derrumbó y la apodaron la cazafantasmas. La investigación duró un tiempo, la información coincidió y cae preso Hinojosa. La pareja de Hinojosa, según el mismo "Catman", abandonó la casa junto a su hija al día siguiente. Martina no cree lo que está pasando. Sus ojos avellanos aún no se convencían de lo que ocurría. Pidió ver el cuerpo en el servicio médico legal. No obstante todo fue infructuoso. El cuerpo yacía en uno de los cajones fríos del recinto.

Gigio supo por medio de un comunicado policial directo al auricular de su casa. Se puso triste. El acusado Hinojosa se repetía una y mil veces: "Me escogió a mí". Martina lo oyó justo cuando se dirigía al estrado. A las 12 del día comenzó el juicio contra Hinojosa. El cual no dijo mucho, permaneció callado y fue escueto con sus respuestas. Finalmente, dijo en voz alta: "Me escogió a mí". Cosa que extraño al jurado. Sin embargo, no había pruebas suficientes en contra de Hinojosa y salió libre. A las 4 de la tarde la policía Martina siguió a Hinojosa hasta la casa y le preguntó sobre aquellos dicho en tribunales. Ella notó un cambio en su cara. Se sentaron en el bandejón central de la Alameda y, mientras acariciaba al Kuky su perro callejero adoptado, le dijo que hace 5 años se conoció con Mariela, quién decía comunicar la buena nueva que se aproximaba. Según una secta, en la que ella participaba, le dio instrucciones precisas para el proyecto "Animales". Hinojosa no creyó en nada hasta que vio caminar como si fuese un espíritu a Mariela. La secta está en el sur, en la ciudad de Osorno.

Martina anotó todo y se tomó las vacaciones más largas de su vida. Antes eso sí, dejó al Watson con la vecina, quien le prometió cuidarlo. El perro solo gruñó y gimió en la puerta mientras ella de reojo retrocedía la mirada hacia la puerta. Se embarcó en un avión hasta Osorno. Durante el viaje se

le taparon los oídos y de bajada quiso aullar del dolor. Buscó en la ciudad de Osorno: Ovejería baja y alta, mas nada encontraba. Solo un tipo que la ojeo de pies a cabeza. Le recomendaron un descanso antes de seguir su búsqueda. Su instinto, que coincidió con aquel pensamiento, le decía que la guardia cuando baja despierta a los depredadores. Durmiendo en uno de los buses internos a las termas de Puyehue. El viaje se hizo relajante y los globos oculares se irritaron, el bostezo se hizo regular y constante. Del lagrimal caían las gotas del cansancio. El calor de la gente, el espacio breve y pequeño la hicieron perder la vigilia. En sus sueños observó con atención como una mujer caminaba hacia ella y con un ritmo acompasado atravesaba la bruma del sueño. Se acercaba y se alejaba. Martina se ve dominada por una fuerza animal. Tiene un deseo extraño por chillar. Su boca se estira y el ruido que emite es el de un mono. Siente que todo su cuerpo se eriza y la picazón del cuerpo se extiende. Ve plantas, tierra y un extraño deseo de escalar. La mujer sigue bailando al fondo de la escena. Una mujer le acarició la mano. Martina despertó ofuscada, puesto que su sueño era bastante peculiar. Al despertar suspira, intenta recobrar el habla y se restriega los ojos una y otra vez. Siente que en la garganta se le atasca una bruma de canela.

Era Mariela quien se había sentado a su lado. Ella solo sonrió y dijo: "Cuando mi corazón se desprendió de la tierra movediza de este territorio querido. Comprendí que esta serpiente terrestre quiere despertar y matar el virus que proliferó por medio de los pulgares y la palabra. El ser humano tiene los días contados, la mitad que los odia se ha desatado". Martina intentó decir algo, pero la mujer desapareció dejando una estela y olor a canela en el aire. El bus perdió el control y quedó empotrado en grupo de cardos. Martina se golpeó levemente la cabeza y tanteó con la mirada a su alrededor y contempló como los seres humanos actuaban como animales. Comenzaron a perseguirse y a morderse entre ellos. Un grupo que jadeaba, se agachaban y miraban con ansias como si fuesen a cazar. El terror acompañó a Martina cuando dio cuenta de aquel acto animal. Cuatro sujetos con una mirada intensa se abalanzaron contra una mujer. Con los dientes bajaron del bus a la señora rolliza y la mordieron rápidamente. La mujer intentaba defenderse, mas los hombres la afirmaban. La conciencia humana desaparecía y Martina, con un terror en el corazón se acercó a donde estaba el chofer, quien miraba desconcertado el parabrisas. Sacó a aquel ser limitado y echó a correr el motor. Los hombres y mujeres persiguieron el bus con una furia animal. Los demás seres se quedaron mirando como si fuesen gatos, ratas, pajarracos y cisnes asustados. Había un hombre que se asfixiaba, saltaba con todo su cuerpo, como queriendo estar en el agua. Hasta que falleció. Un niño se balanceaba como un mono en los pasamanos y barrotes del bus. Sacaba la ropa de los demás y las tiraba por las ventanas. Viajó durante una hora. La calzada parecía desaparecer. De un momento a otro se sintió dueña de un circo o un zoológico ambulante. Martina no pudo más y bajó rauda, abandonando el bus. Caminó herida sin tener orientación clara. Desconcertada y mareada vagó algunas horas entre los

árboles del sur. No sabía dónde se encontraba. Toda su experiencia se hizo nula y las referencias se hacían pequeñas. De pronto se vio rodeada de árboles y un haz de luz que, entrecortado, se proyectaba hacia todas direcciones. Un vil sonido de serpiente se sintió entre los árboles, mas no sonaba como una normal o pequeña, sino más bien como un enorme ser. Martina comenzó a correr entre los helechos, arbustos y árboles que le cercaban el camino. La serpiente chocaba con los gigantes Ulmos, Canelos, Robles, etc. En ese instante una mano apareció, era un niño moreno que sonreía, aquella mano era áspera como la de un anciano. Las ramas se disiparon y frente a ella, se mostró un granero al fondo. El peso de sus hombros, brazos, piernas y la sensación de ya no tener masa alguna le abrumó en un principio. Sin embargo su destino estaba marcado y se entregó a la desaparición de su cuerpo. Los sucesos que acontecieron se registraron en algún lugar de su mente, todo lo que veía pasó rápido por la retina.

Martina despertó con un dolor de cabeza. Sus ojos hicieron el esfuerzo por reconocer el lugar en dónde estaba. La sala era bastante limpia. Sentía como el suero alimentaba sus venas, hasta que decidió cortar aquellos tubos alimenticios. Se levantó y caminó por los pasillos hasta llegar a una puerta trasera. El recinto parecía ser una clínica. Al abrir la puerta vio un verdor frondoso y entremedio de las matas se despedía el pequeño niño moreno. Martina trató de hablar, pero no entendía lo que pasaba. La enfermera la tomó de los hombros y la envió a la camilla.

Tres días después Rubén Meliñanco, un hombre bastante pequeño con pelo azabache y tieso, fue a visitarla con un ramo de flores. Martina solo le sonrió y agradeció el gesto. Preguntó dónde estaba y cómo la encontró. Meliñanco solo respondió: -"Cuando el ruido de la naturaleza se hace sonido o palabra, nosotros debemos responder al instante"- . Su cara de convencido y nervioso hizo reír internamente a Martina. Se agradecieron mutuamente en silencio. Meliñanco relató que la encontró en el río Trallanaquin. De pronto la quedó mirando por un momento y dijo: "-Creo que han despertado a las serpientes". Se levantó de su asiento y sin despegar los ojos de los de Martina, abrió la puerta y se movió mesuradamente hacia afuera.

La oficial esperó hasta el día siguiente, fue a comer en un restaurante en Puaicho, pidió un taxi y corrió a buscar sus boletos de avión a una hospedería en el centro de Osorno. No sabía con quién contar. Todos ya la hacían una lunática. Pensó muchas veces en cómo podía desarrollar la historia. Cuando llegó a la urbe se sentía cansada y desolada. Pensó que todo era una cruel pesadilla. Hasta que de frente se encontró con un diario. Lee un titular una y otra vez: "El hombre en cuatro: hombre cae del cuarto piso sin lesiones". Era Hinojosa.

Capítulo 6

VI.- La sociedad

Los ojos de Hinojosa se abrieron lentamente después de tres días de profunda letanía. Prisionero de estudios repetitivos del doctor, quien no se podía explicar las razones precisas del porqué los huesos del paciente, después de aquella estrepitosa caída, resultaran ilesos. No había ruptura, más fuertes que antes se mostraban las extremidades del recientemente llamado hombre gato. El doctor no lo dejaba salir, los sedantes pasaban sin revisión alguna.

Eugenio Batista había recibido una llamada urgente de un tal Garmendia. El mandato era tajante: "no deje salir a Hinojosa hasta que nosotros le demos la señal". Eugenio no estaba seguro de aquello, pero no quiso negarse a la petición de aquella voz. Se secó el sudor grueso de la frente y con reposada actitud resopló dejando escapar más de algún gas. Todo su malestar gástrico radicaba en la secuencia de acciones que llevo a cabo para retener al paciente. La enfermera repetía al doctor que necesitaban camas, empero, no obedeció la instrucción mínima del hospital. Llamó a la mayoría de los colegas cubanos que estaban en Chile "¿Quién sabe si la Fiana te podía extorsionar con los papeles de residencia o visa?" preguntaba con voz trémula, luego intentaba pedir ayuda y nada resultaba. Durante los tres días atendía con nerviosismo a los pacientes. Los asistentes del médico exigían saber qué hacer con el paciente Hinojosa: "Está de estorbo", "No tiene nada", "Llamaremos a la policía". El incendio era apagado gracias a las habilidades comunicativas que tenía el doctor. Con una voz segura impedía que los enfermeros se acercasen al "gato". Batista se rindió y el tercer día ya había olvidado todo, puesto que una oficial de la policía se apareció en la puerta preguntando por Hinojosa. Era una chica pelirroja, mostró su identificación y luego con mucha prisa pidió llevarse a Hinojosa. Con voz de relajo le dio las instrucciones para que lo sacase en "un, dos por tres". Sonrió algo avergonzado al pronunciar esto, puesto que es un chilenuismo hace poco aprendido. Le cerró el ojo antes de irse, explicitando una complicidad inexistente. Martina solo agradeció inclinando la cabeza.

Hinojosa y Martina, la oficial de policía, salieron. Ella un poco consternada por la facilidad con la que se dieron las cosas. Él un poco perdido y mareado por los sedantes. El doctor totalmente relajado y liberado de aquella presión.

Las dos almas caminaron hasta tomar el transantiago y luego hacer las combinaciones respectivas para llegar a casa. Los dos se bajaron en los Quillayes. Caminaron tambaleándose por la calle y entraron a los departamentos ubicados en la esquina. Subieron las escaleras y caminaron hasta la habitación 202. Antes de abrir Hinojosa dijo en voz baja: "Martina. Recuerdo que en algún momento me perseguiste, me apuntaste como un vil asesino y un vulgar amante cobarde. Te puedo

decir que nunca quise a Mariela. Ella solo me amenazó a través de mi familia e hizo mi vida un infierno. Ahora tengo de mascotas a las personas que más quiero. He vivido con este secreto. Ninguna persona ha visto lo que verás a continuación...” Al abrir la puerta, se sintió un fuerte olor a heces, aparte del polvo que flotaba en el ambiente, tenía la sensación de entorno conocido. Martina no lo pensó dos veces se sintió amenazada y dejó el cuerpo de Hinojosa dormido en un sillón rasgado por gatos. Se acercó lentamente a la ventana y se dio la vuelta con rapidez intentando nunca dar la espalda a las amenazas que sentía. Cuatro ojos que aparentemente se movían entre los muebles. La agente no espero ni un momento más y se enfrentó a aquel espíritu que la acechaba. A pesar de haber visto la extraña actitud de humanos comportándose como animales, dudaba y temía que todo fuese cierto. Aun pensaba soñar aquella pesadilla. Sin embargo la estaba viviendo en carne propia. Se acercó lentamente al pasillo y abrió la puerta del baño, luego siguió por el sendero y abrió violentamente la puerta del fondo. Los ojos se movieron y un escalofrío irritó las espaldas de los seres que se miraban uno a uno. Hinojosa despertó y con prisa gritó hacia adentro: -“¡Amiga, es una amiga!”.

Eugenio levantó la bocina del teléfono. Con una sonrisa afable respondió un “Aló” simpaticón. Al otro lado del fono Garmendia gritaba con desesperación. La cara de Batista se alargó y con una tristeza soltó el teléfono. No quiso explicar el error, tomó su abrigo y salió de su oficina. Llegó a una reunión principal, en un sucucho donde vendían postres. Una mujer lo esperaba, sin esperar respuestas se abrazaron y el lloró profundamente. A las seis y media de la tarde fue detenido en esa misma esquina. Él con resignación no miró a la mujer y se subió a la camioneta de la PDI. El inspector Garmendia se subió las solapas y vio a la mujer que intentaba taparse la cara. Un joven aprendiz se acercó y le preguntó: -¿Lo sacaré del país?-. Garmendia movió su cabeza negando.

Capítulo 7

VII.- El Oráculo de San Diego

Un antes y después se marca en la Calle San Diego con tono de leyenda. Se dicen muchas cosas sobre la calle: Donde caminaban hombres y mujeres sofisticados, creyendo vivir en la Europa moderna, hasta llegar a los abandonados teatros que sirven de refugio para diversos artistas de nicho. Pero todo aquellas expresiones artísticas fueron cortadas de raíz por un momento. Durante el año 73' un tipo que juró defender el país y la seguridad del presidente, lanza contra la Moneda sus aviones de papel con misiles tatuados con la sigla C.I.A.

Aquel hombre era un sujeto supersticioso y buscó, al igual que Hitler, ciertas efemérides, embrujos y oráculos que le permitieran averiguar lo "correcto". Y, como bien cuenta la señora Gertrudis, con la música de "Mocedades" de fondo, el "general" entró inquieto a su sucucho. Antes del 11 de septiembre, según la dueña del lugar, apareció este temeroso hombre, que hasta el momento parecía un ser simplón, con voz tembleque, porque "le tiritaba la jeta", relató la vieja. Preguntó por Carlos Lo Espejo y la señora lo derrumbó con "¿Y a usted quién le dijo?" El militar, con cara de pocos amigos, trató de recobrar su moral y continuó el acceso en clave que debía cumplir: -"Vine por lana y saldré trasquilado". Se detuvo a pensar y se dijo que esa premisa parecía torpe, vaticinio de un error o quizás "un simple refrán de mierda". Pinochet fue guiado a través de la calle y se adentró a una pequeña estancia que se dividía en tres puertas. La señora le dijo que descubriría cuál era, escogiendo cualquier par. Sin entender mucho lo que estaba sucediendo abrió las tres puertas. La señora miró hacia el techo y farfulló algunos improperios. El "general" entró en la habitación número dos. Era una habitación simple. Una cama cuyos respaldo daba a un armario y, aparte del precario decorado, había una ventana que daba a los espacios que dejan los edificios. La luz entró tenue al momento de abrir las cortinas. Oía mal, a humedad y muerte. La mujer sacó una pirámide y la colocó estratégicamente dentro del armario. De a poco la luz choca contra el pequeño prisma y se proyecta una imagen trasparente como el vidrio. La mujer cierra la puerta y deja hablando a Pinochet con Carlos Lo Espejo. Al salir de aquella habitación, Pinocho estaba desconcertado. Pagó más de la cuenta a Gertrudis y con confusión preguntó si aquello que había visto era verdad. Ella respondió que solo los dignos pueden entender aquella actividad paranormal. El viejo rio un momento se puso frente al vinilo que sonaba y, mientras Nino Bravo entonaba su dulce voz en su canción "libre", dijo:

"-Que irónica se nos presenta la vida a los salvadores-" sonrió con macabra expresión y sacó el vinilo con fuerzas. Gertrudis sabía que algo iba mal, la enfermedad de la codicia se veía en sus ojos. Y con una mentalidad de viejos augurios lanzó un pequeño comentario

imperceptible. Apretó los puños y observó como aquel militar reía de buena gana, un poco más entonado y con cierta actitud de querer aprovechar la situación a toda costa.

Días después, muy confundido y temeroso, se sabe que el comandante firma la petición de los demás almirantes y se produce el golpe de estado. En la calle San Diego, durante los primeros días de dictadura, lo único que se percibía era la música de "Mocedades" sonando en un rincón lúgubre entre los edificios y juegos abandonados por el miedo y la represión.

Gertrudis recibió cada vez menos visitas, solo los valientes que intentaban recobrar sus ánimos en aquel momento cruel y déspota. De qué servía ir a ese lugar y hablar con el extraño ser que aparecía. La dueña del local solo se dignaba a responder con calma a quienes asaltaban con esas preguntas: -no soy digna de responder. Solo ten cuidado que el reflejo puede ser tu ego-.

Hubo otros que intentaron descubrir el secreto, mas no lo lograron. Durante el Plebiscito del 88' al 89', dos o tres personas se juntaron para salvar al cautivo Carlos Lo Espejo. Entraron sin preguntar, amarraron a la vieja e hicieron el procedimiento. Sin embargo, el mismo Carlos explicó una y mil veces que su imagen desaparecía sin la proyección y que su existencia se reducía a esa caja negra que le permitía existir, caminar y hablar. Aun así revisaron si es que existía alguna súper computadora que manejara aquella figura, al dar cuenta de la inexistencia de cualquier aparato, dudaron de su propia realidad y verdad. Luego mirándose entre sí no lograron comprender aquella figura que se desplazaba por la habitación pidiendo que entendiesen, que se fueran y que lo dejaran en paz. Los hombres obedecieron y quitaron las amarras a la mujer que mantenían cautiva a la mujer. En la fonola se repetía la canción "eres tú" de Mocedades una y otra vez. No hubo represalias ni desquite. Eran momentos de alegría y libertad. Gertrudis salió a la calle con una banderita chilena a celebrar.

La última visita registrada en el cuaderno de la vieja Gertrudis fue la de Roberto Pérez. Un hombre bajo con un mostacho pegado a la nariz. Desesperado tocó la puerta y dijo la clave: -"Vine por lana y saldré trasquilado"- con desesperación tocó una y mil veces. La abuela del lugar se despertó de su siesta, cansada abrió la puerta y lo guió hasta la estancia dividida. Roberto sin preguntar abrió la segunda. Se sentó en una silla que rechinaba por lo antigua. La limpió rápidamente, corriendo todas las telarañas. Entró la luz tenue por la ventana, se abrió el mueble y la figura de Carlos apareció. La mujer se retiró. El silencio reino en la sala y los ojos de Carlos se abrieron como platos, hasta que la voz chillona de su cliente se hizo presente.

Capítulo 8

VIII.- La misión

El Daihatsu Charade aceleraba a toda velocidad. Dos cuerpos devastados por un crimen, al parecer, perfecto. La chica estaba entregada a la obediencia de Roberto. En la calle Colombia a las 14 hrs llegaron a los departamentos que dan al estadio bicentenario de La Florida. Comieron algo y conversaron en voz baja. Gabriela no comía si él no le daba la instrucción, no bebía si no estaba junto a él. Limpiaron todo el departamento y lo entregaron a 6 colombianos que llegaron a vivir en un departamento de 2 habitaciones. Cerraron el trato, subieron al auto una bolsa pesada y viajaron directo a la costa. El auto aceleró con dificultad. Roberto reía de vez en cuando y repetía el nombre de Mariela. Gabriela ya no pensaba, sentía que había destrozado al único hombre que la trató bien. Llegaron a San Antonio subieron por la costanera hasta Lolloe y se estacionaron cerca de una casa. Gigio vendió el auto a otro sujeto. El móvil se retiraba a toda velocidad haciendo volar las piedras. Se encaminaron con bolsas pesadas en las espaldas pasaje arriba. Al llegar a la casa sacaron una serie de pesas y partes de máquinas de ejercicios. Dentro del hogar, Pérez caminó hasta el fondo del pasillo y se encerró, saludó en voz alta a un tal Carlos Lo Espejo y luego se escuchó un cuchucho.

De otra habitación aparecieron dos jóvenes, un poco nerviosos saludaron y se sentaron en el suelo para armar las piezas. Gabriela quería preguntar quiénes eran y su corazón empezó a latir con furia. Sin escuchar las explicaciones caminó hasta el fondo del pasillo, mas antes Gigio salió y la detuvo. Le dijo que se calmara y que se fuera a sentar al living. Cuando estuvieron todos reunidos se sentaron en y compartieron unas cervezas. Gabriela miraba con resquemor y se enjugaba las lágrimas. Roberto comenzó a explicar una teoría de lo más increíble, absurda y loca para Gabriela. Las máscaras se caerán, explicaba Pérez, y esta vez no de la misma forma. La composición del mundo era la dualidad, el animal más fuerte se come al más débil. Así es desde tiempos remotos. Todos fuimos parte de un solo ser que con el tiempo se fue dividiendo y evolucionando. Lamentablemente, todos no venimos de las mismas ramas y al igual que los animales somos predadores y presas entre nosotros sin darnos cuenta. El ser humano se despertará y los animales que llevamos en nuestros cuerpos se mostrarán y nada podemos hacer. Toda aquella verborrea asustó a Gabriela que trataba de huir. Hasta que cerraron las cortinas y con una linterna iluminaron un prisma. De la nada apareció una imagen, era Carlos Lo Espejo. Luis e Inka le hicieron cariño a Gabriela, quien no entendía nada. El ex Oráculo de San Diego era presa de cuatro sujetos que lo rodeaban. Entre el humo del incienso de canela, que se sentía en el

aire, la imagen transparente comenzó la sentencia.

“-Mariela ha vuelto y ya podremos saber cuáles serán sus planes” después de un silencio sepulcral, la voz lanzó unos cuantos sonidos de animales los cuales abrumaron al auditorio. A Gaby se le revolvió el estómago y se le revolvió el nervio e intentó perder el conocimiento. Sin embargo sus ansias de saber la obligaron a mantenerse atenta a las sentencias. Se produjo un silencio incómodo y antes de desaparecer, Carlos, presagió: “La Pascua de nuestro señor. Elevarte Mariela por tierra anteriormente floridas”. Gaby se puso de pie y se acercó al anonadado Gigio que miraba como la imagen desaparecía sin más. Una mano tomó a Gigio y lo zamarreó con una fuerza inigualable. Luis e Inka afirmaron a la mujer que con furia intentaba entender lo que sucedía.

Capítulo 9

IX.- Luis e Inka

-¡Censo!- gritó Lucho desde la pieza. Una entrada extra de dinero que se apreciaba en lo más profundo. Unos cuantos billetes para sus vacaciones. Su hermano, trabajador municipal de dudosa reputación, maquinó un plan para que los padres de Lucho dejarán de ser entrada de dinero para el joven. “-Tiene que ganarse la vida-” sugirió el hermano. El entremezclado de un día de verano y el humo del asado hizo sudar al padre que lo miró con cierta incertidumbre “¿Y cómo lo hacemos si se pasa el día escuchando música y despilfarra todo el dinero que le damos?” el hermano hizo un ademán de sabiduría, se sentó tal cual pensador o filósofo. Desde ese día el dinero dejó de llegar. La madre no servía los mismos platos que antes “-El que paga come bien-” y todas aquellas estrategias forzadas que duelen como agujones por la naturaleza de la enseñanza “el no ser mezquino con la familia” o “A los hijos se les protege hasta el final” llevaron a los padres a luchar por el bienestar de su hijo. Los argumentos caían y se refugiaban en cariños torpes que se daban aquellos padres por las noches. Un respeto por no herir el sentimiento de la pareja y a la vez transgredir las convicciones de cada uno. Lucho seguía insultando a su padre y a su madre en su habitación. Las pilas del walkman se acababan, las mordía con desesperación “por último para escuchar un cancioncita”. Corrían los meses y el teléfono no sonaba. Parece ser que el hijo mayor tenía mejores cosas que hacer y abortaba la misión antes de empezar. “Este hueón es como las moscas, merodea en la mierda, molesta, hincha y después se va”. A las dos de la mañana del mes de marzo sonó el teléfono. La madre abrió los ojos. El padre gritaba “Apaga esa huea mujer”. Un golpe cayó en el muslo. La madre refunfuñando por el fono que gritaba cerca de la cama. En la mesita que sostenía el aparato, levantando el fono con un miedo. “-¿¡Alo!?! Mijo a la hora que llamai. Viste que tu viejo tiene pega mañana”. Unos susurros al otro extremo. La madre, prisionera del cable del teléfono se acerca lentamente a la muralla que da a la pieza del Lucho. En un intento de despertar al chico, supuestamente dormido, solo se oyó un cese del sonido. “Sé que estás despierto, pajero”. El padre se despertó semidormido y en calzoncillos, por el calor que presionaba en las noches aún, se acercó a la puerta del Lucho y tocó con fuerza. Lo arrastró hasta la sala y levantó la bocina del teléfono. Solo un dicho “mañana te llaman del censo. Celébralo, tendrás dinero y luego te consigo en otro lado” y una respuesta: “Y para eso tanto escándalo”

Obviamente el día llegó y el concho de la familia salta de alegría. Era su día de suerte. Era uno de los pocos que sería bien remunerado, solo por tener un familiar. “No era malo, unos veinte mil pesos”. Pensó hasta en emanciparse. Luego se dio cuenta que era una utopía, un sueño mal planificado. Se sonreía. Hasta que llega el segundo llamado...

La madre levantó el castigo y le hizo un rico almuerzo: ketchup, cebolla frita, vienesas y fideos. Las comió con cierto resquemor, pero luego observó a su madre, sus ojos llenos de orgullo y le en su rostro se dibujó una leve sonrisa. Sonaba en la radio "Al partir un beso y una flor" y su madre bailaba por el estrecho pasillo de la casa, encerando el flexi, la imitación barata de la cerámica. El lucho arrastró la mochila hasta la reja. "Lustra no más el suelo, si las mochilas son gratis" le dijo su madre con un poco de enfado. Con un gesto de broma la levantó. Un beso obligado, un cariño que el muchacho no podía evadir. "Si te pasa algo, luego pensarás fue lo último que le dije a mi madre". El joven solo bajó la cabeza, acto seguido dio un abrazo torpe y poco cuidadoso. Sonrojado le dice "Cuídate vieja" Se subió a una camioneta llena de jóvenes de su edad, todos se miraban con algo de desconfianza. La última mirada a la casa, a la esquina del barrio y a su padre que detuvo el camión de la empresa. Sacando un cigarro con cara de maldad se despidió. Con algo de aflicción buscó su walkman y encontró unas pilas nuevas. Se sonrió y dijo en voz baja "Gracias, viejita"

¡Rumbo al norte! Lejos del centro del país. La extraña naturaleza del desierto invasor. Piedras solitarias y montañas alejadas del verdor. El calor atravesaba las ventanas que nada podían hacer para defenderse del calor. A pesar de ser los últimos días de marzo, el calor no cesaba. Sacó algunos alimentos de la mochila. Le advirtieron que el viaje era largo, pero comió sin pensar en el futuro. Durmió un poco incómodo, hasta que su cabeza cayó en el hombro de la chica que lo acompañaba. Al despertar ella solo sonrió. No era bonita, ni el tampoco. Así que las cosas podrían funcionar. Pensó en un futuro. Construyó casas en su mente. Quiso hasta estudiar una carrera, algo con diseño o fotografía. El muchacho se preparó por 5 horas para decirle algo. Escuchó algo de Queen, para darse ánimos, "gue ar de champions" susurro. La chica solo le mostraba los dientes con una sonrisa boba. Quizás le caía bien de presencia. "¿Qué puedo perder?" En ese mismo momento se detuvieron en un pequeño pueblo. Gente pequeña y con cara de pocos amigos. Lucho se miró los brazos, que estaban un poco tostados por el sol. "Que gente más morena y andan con el ceño fruncido por el maldito que sol que les pega. Aunque no soy racista me sorprende el color" la mirada de un lugareño interrumpió sus profundas meditaciones. La chica se bajó con un tipo alto. "Es más encachado que yo", pensó el Lucho. La chica miró hacia atrás, pero Lucho solo se dignó a ponerse los audífonos y subió la ventana de la camioneta.

Durante el viaje, las dunas dominantes y los cerritos rocosos se fueron multiplicando. Pasamos por unas ruinas. Apenas escuchó Lucho bajó la cabeza y refunfuño "¿Salitreras? Puras historias tristes" se dijo entre dientes el muchacho. "El desierto es algo exasperante no son como las imágenes del sur" pensaba mientras contaba las piedras. "Es una belleza que no esconde nada, se muestra infinita. Te puedes quedar en un grano de arena sin saberlo" cruzó los brazos y se entusiasmó por aquel

pensamiento. De pronto en un cruce, en medio del desierto, aparece un pequeño con la barriga pelada. Tenía un ojo caído y le sonreía al Lucho como si le diese la bienvenida. “-Hay un niño ahí. ¿Acaso no lo ve?” el conductor de la camioneta se dio vuelta y le preguntó con calma y serenidad “¿Estai imaginando hueas cabro chico?” Lucho se dio vuelta con algo de miedo y volvió a mirar al pequeño que intentaba tomar la camioneta a la distancia. Luego dio un aplauso y una explosión nos hizo detener. El neumático pinchado. Ningún atisbo de objeto sospechoso. El muchacho sabía que el pequeño demonio era el culpable.

El conductor levantó la bocina de su radio y aviso a la central que tendrían un retraso. “-Espera un poco tengo que ir a ver al cabro chico” le dijo el muchacho al chofer. El chofer negó con la cabeza. “Yo cambio la ruela y chaela, me voy sopla’o”. Una extraña sensación, un escalofrío envolvió a los dos. El pequeño estaba sentado sobre el capó del móvil. Tragaron saliva.

“Hola ¿Tienes familia?” le preguntó Lucho al niño. Solo afirmó con la cabeza. El chico le tomó la mano y saltó del capó al suelo, levantando mucha tierra. El conductor solo le tomó el hombro al Lucho y le dijo “Si vas, solo te espero dos horas más”.

El niño tironeaba con fuerzas la mano de Luis. Entre la arena que levantaba los dos cuerpos desaparecieron detrás de unas dunas. El sol quemaba demasiado y el sopor desde el pelo hasta los pies. Lucho se encontraba con el alma dividida. Soñaba con su cuerpo en casa sin hacer nada y por otro lado sentía que los pies se quemaban lentamente por el calor del suelo. El pequeño no parecía tener problemas, iba descalzo y corría como si nada. Los ojos del joven censista se desvanecieron y despertó en una pequeña casa de adobe. Algunas parras de uvas y algunas instalaciones de agua pudo ver a su alrededor. El calor se desvanecía en la sombra y se transformaba en agobio. Un traga luz iluminaba a un anciano. No parecía estar mal. El aire del desierto solo le había agrietado parte de su cara. Un silencio incómodo y un carraspeo vibrante atormentaron los espacios.

-¿Qué quieres?- preguntó el viejo. Un poco con amargura. Le dijo algo al mocososo y este desapareció. Una joven, de no más de quince años se sentó en la rodilla del viejo, le dijo “Awilu”.

-Vengo de parte del estado- al escuchar esto el viejo acarició la pierna de la niña morena y dijo:

-Hasta que al fin me descubre el estado. ¿Me llevan al sur? Hasta que al fin la mano del hombre hace justicia- se ríe y toca la entrepierna de la muchacha. Con enfado se levanta y la manda lejos.

-No mires a la mi hija-nieta- el viejo amenaza con rabia al visitante.

-No miraré. Solo quiero hacer mi trabajo.- el visitante sacó el papel y emprendió la sarta de preguntas. Ocho hijos de dos de sus hijas. Un total de diez hijos e hijas. Estrictamente: 2 mujeres adultas, seis niñas y dos niños. Las mujeres 30 años, por lo que recordaban y las niñas todas entre 12 y 17 años. Los pendejos ya tenían 5 y 7. El último que nació fue ese

mocoso diabólico. El viejo le apuntó unas cruces que estaban en un pequeño cerro. Seis cruces con banderitas negras que flameaban con el viento de la tarde.

-He visto morir a mi esposa y a dos de mis hijas. Suerte perra la mía que el instinto me siga funcionando. Los pendejos crecen y dan rabia como figonean a las hermanas. Menos mal salen feos o con defectos. Todo esto es por mi maldita bendición- El sujeto sonrió un momento- o ya no sé cómo llamarlo. -¿Cuántos años crees que tengo?- preguntó el viejo.

-No lo sé- le dijo el Luis

-Anota bien cabro hueón. Tengo 150 años...-

Anotó un poco incrédulo. No quiso contradecirle. Lo dijo con una serenidad tan profunda, que cualquiera pondría las manos al fuego por él. De pronto Luis se le atravesó un pensamiento "estaba toqueteando a su propia nieta. ¡Qué además es su hija!". El rostro del Lucho se enrojeció. Sin embargo siguió preguntando. Toda esta situación le parecía extraña y digna de un sueño, pero en un sentido práctico debía continuar, le llamaba la atención corroborar el final de este aparente suceso.

-Deja de pensar y sacar cuentas. Saliste matemático. Nací el año 1842.

-Gracias. Con eso me basta.- Lucho estaba listo para emprender el retorno.

-¿Soy acaso un dios o algo parecido?- continuó el viejo narrando. Luis se acercó un poco más y miró al desgraciado. El viejo lo observó he hizo que el muchacho cayera sobre una silla, para que escuchase la historia de aquel reptil inmortal. Serpiente y tortuga humanizada que carraspeaba la garganta para contar su historia.

"En una de las salitreras. Dos viejos querendones se morían de hambre en las famosas pampas del salitre. Entre los nidos de ratas inmundas que alimentaban a los patrones ricachones. Mi padre parteó a su mujer para que me dieran a luz. Los dos viejos eran bien solitarios. Hacían la pega e iban a la pulpería, donde lamentablemente los asaltaban a diario. Era una mierda de vida"- escupió el suelo y prosiguió con pena.

"Mi padre era sujeto bastante normal de aspecto. Sin embargo..." hizo una pausa y elogió su narrativa. "-¿Qué tal? Podría ser escritor" continuó después de carraspear la arena de su garganta. Tenía un secreto. Una habilidad sobrehumana. Era el hombre del tiempo. Podía moverse más rápido que los demás"

La explicación que ofreció se tornó algo confusa.

"Mira mi madre podía curar heridas solo con poner las manos encima" Luis interrumpió y preguntó si era una especie de compositor, es decir, alguien que podía arreglar los huesos. El viejo rechino los dientes con un poco de rabia. Lucho le dijo que continuara. Y pidió disculpas.

"Mi padre era muy extraño. Hacía trucos para conseguir algunas fichas para comprar en la tienda. Cada vez para el trabajador se hacía más imposible conseguir esas malditas fichas. Mas mi padre con el truco del tiempo. Logró conseguir algunas más. Un juego de cartas él se movía más

rápido que el reloj y miraba las cartas del rival” Luis no entendió mucho el tema del tiempo ni el cómo superaba al reloj.

“Hasta que me tuvieron a mí. Un ángel se les apareció una noche y les explicó sobre mi pronta aparición. Les explicó que Dios tenía un trabajo para nosotros” El viejo se guardó las manos en el bolsillo y levantó una pierna para dar la vuelta. Suspiro y se balanceó juguetonamente sobre una piedra.

“Años después me contaron la “bendición”. Soy inmortal. Una discusión terrible tuve con mi padre. Ellos no hallaron nada mejor que demostrarlo de la siguiente manera...” con rabia simuló golpear a alguien en la cabeza y arrastrarlo por el desierto. Avanzó unos cuantos metros como si arrastrase a un muerto.

“Me botaron”-continuó- “tenía doce años y me botaron con una fe inexplicable. Pudo haber sido mentira, un falso vendedor de mercachifle autoproclamándose ángel. Me arrastré semanas. Sediento me perseguían los buitres. Una urraca gritaba mi nombre con maldad” entre sollozos se repuso y comenzó nuevamente “llegué a donde estaba mis padres. Arrastrándome. Nadie me reconoció. Pase por el pueblo. La calle principal se abrió ante mis ojos. Recuerdo el sucucho. La pequeña habitación en la que vivían mis padres. Mi padre agonizaba y mi madre lloraba. Los miré y ellos hicieron vista gorda. Se miraban mutuamente hasta que mi madre con una sonrisa puso la cabeza sobre el estómago de mi padre y dijo: “Hijo. El plan de Dios te llegará pronto” y la puta murió” Se detuvo y gritó perdón a los cuatro vientos. “Años anduve vagando por el desierto. Hasta que descubrí a una vieja indígena. Mi primera esposa. Me atendió como si fuese un muerto. Con el tiempo me fue dando tareas hasta que al fin pude meter la verga en una mujer. Tú sabes. Esos placeres son más fuertes que cualquier bendición. Dios me había olvidado en el desierto y ahora le pego bofetadas con cada hijo que tengo. Pecado tras pecado para quitarme la bendición.” Cerró los puños y su ceño tal como los lugareños anteriores.

-Ahora espero la muerte. Ándate pendejo. Antes que te mate. Si es que llegaste de tan lejos cuéntale al mundo para que le llegue al desgraciado todopoderoso de Dios- El viejo levantó una piedra y arremetió contra Lucho, quien con suerte esquivó el pedrazo.

El pequeño deforme tomó la mano de Luis y luego en la carrera se unió la joven quinceañera. El pequeño los dejó cerca de la camioneta y se desvaneció con el polvo.

“¿Y esta chica?” le preguntó el camionero. Luis dijo: “Es una cabra que se perdió”

a lo que el conductor siguió con las preguntas “¿y el demonio?” El lucho sintió que había aprendido algo. Volteó la cabeza, observó a la niña de pies a cabeza y luego dijo: “Si no fuera por ese demonio no hubiese encontrado a esta niña” La conversación se volvió incómoda. Las respuestas de Luis parecían cada vez más cortantes hasta que se volvió parco, seco y sin expresión.

La vuelta a su hogar fue extraña. Su madre lo vio como a un desconocido.

Sirvió la mesa para tres. Él tomó de su leche Colacao, la chica morena mordía las tostadas con palta y la madre de reajo miraba las caras alumbradas por la luz de la ampolleta. La madre no podía dejar de mirar a aquella niña, sentía que debía decirle algo, preguntar o insinuar. No obstante nada salió, solo el silencio reinó.

Capítulo 10

X.- Manada y Jauría.

“A las 6:00 a.m. un grupo de individuos irrumpen en un centro comercial de Av. Grecia. Destruyendo todo a su paso”. La voz del periodista buscando a alguna persona que quisiera hablar sobre el asunto. Intentaba detener a la clientela o a los empleados del lugar, mientras ellos a su vez intentaban recabar información. Mariano Olivares tomaba un café y reía mientras observaba la televisión. Un montón de hombres con armaduras medievales se colaban por las ventanas y vitrales del centro comercial. El comportamiento de los hombres y mujeres le sorprendió: tenían un vigor extraordinario y sus movimientos eran bastante erráticos. Dejó su café a un lado, ordenó la mesa y se dispuso a pasar a la otra habitación, cerrando con llave. Lavó sus manos y caminó entre los instrumentos, la camilla y el escritorio. Abrió la puerta y miró de reojo la sala de espera. Luego observó a la secretaria, quien recién se había sentado. Le hizo una broma de mal gusto y la enferma le devolvió una amarga sonrisa. Antes de cerrar la puerta, la secretaria le dijo: -“Creo que don Garmendia lo espera” El doctor se estremeció y levantó la cabeza para observar al inspector de la PDI. Se sonrieron de mala gana. El proceso fue básico: Garmendia se levantó del asiento, explicó de forma muy escueta, pasó un pequeño pendrive y se retiró. La secretaria pestañeaba, mientras el doctor con una cara de aflicción miraba el pendrive. De un momento a otro pidió que se fuera a casa, que descansara y que no se preocupara de los otros clientes. La mujer levantó su dedo e hizo una apreciación, la cual fue cortada por un portazo y la frase: -“Cancele todo, tiene la tarde libre”.

Olivares sabía, ya había armado el puzzle. Tenía en las manos el video de los sujetos del centro comercial. Comprendía que el movimiento de los individuos no era normal, era entre simiesco y perruno. Los hombres que subieron y destruyeron las cámaras de seguridad fueron amaestrados para aquel acto. Una pérdida de raciocinio total. Se detuvo frente a la ventana, miró el cerro Santa Lucía, suspiró y se propuso ver el video de Garmendia. La grabación exponía a los seres, quienes se movían a una velocidad increíble, caminaban curcos y muchas veces afirmaban los puños en el suelo. Había otros que corrían como lebreles, en cuatro patas, chocando contra las vitrinas, rompiendo los atuendos y aparatos tecnológicos. Los que tenían apariencia simiesca, tomaron con sus brazos algunos alimentos y se los llevaron. Hasta que las cámaras empezaron a caer y se cortó toda conexión con el suceso.

Al final del video, aparece Garmendia arreglando las luces para correr un velo. Explica al doctor que uno de los guardias pudo esposar y reducir a uno de los implicados en el caso. El sujeto, a pesar de lograr su cometido de apresar a uno de los seres, quedó en la unidad de cuidados intensivos. El inspector, al finalizar la presentación, muy escueta, como era su

costumbre, corrió el velo oscuro y un sujeto encadenado se tiró contra la cámara. Chilla por no poder salir. Realiza las acciones de un mono. Garmendia lo cubre nuevamente y se acerca al foco para dejar un mensaje con fondo negro: "Balido negro". Mariano Olivares cierra los ojos y abre el PDF adjunto.

Capítulo 11

XI.- ¡El escritor feneció!

Después de un día lluvioso, casi al anochecer, un grupo de actores se reunió a la luz de una vela. Con ansias habían esperado grabar el final de una serie que, según su perspectiva, iba a cambiar el rumbo de la televisión. La obra trataba sobre un conflicto de antaño, que concentraba la batalla humana contra la muerte. En un intento por representar lo que llaman: "la razón humana por sobre el instinto animal", el director se sobrepuso a la pérdida más grande de su vida: el horroroso rapto de su hija de 5 años. El dramaturgo y director Andrés Olmedo, se sentía turbado al recordar la historia. Ya habían pasado 30 años de ese momento y aún no concebía cómo pudo un ser con cuernos, subir las escaleras de emergencia, entrar por la ventana y robarse a su hija.

La repetición de las imágenes en su mente, sigue siendo perturbadora. Era un hombre vestido de macho cabrío. El demonio en persona. Olmedo recuerda que antes de irse por la ventana dio vuelta su enorme cabeza, masculló un sonido entre humano y animal. Una especie de bufido que mantiene en vela al escritor desde 1987.

Olmedo era un sujeto bastante peculiar, todo aquello puede entenderse por esa situación vivida durante su juventud. Un padre solitario, lector y estudioso de literatura contemporánea. Su temperamento era bastante difícil y su vida amorosa muy precaria. Se dedicó totalmente a su hija durante 5 años. La madre de la niña no quiso cumplir tal rol y decidió seguir al doctor Melinka. Olmedo no tuvo problemas al momento de aquella sentencia. Micaela, la madre, dejó al bebé en su poder y contrató a una nodriza para que le diera de mamar. Olmedo no soportaba a tal mujer. "-Era una llama del norte"- decía con rabia al espejo mientras se afeitaba. "Además ese nombre impronunciable: Qillqa"- enrabiado, entre muecas hablaba mientras se lavaba los dientes. Aquella mujer solo oía los comentarios y le sonreía a la niña. Andrés permanecía mucho tiempo en el trabajo. Estaba estudiando y a la vez dirigía algunas obras de bajo presupuesto.

La vida de Andrés no era del todo mala, tenía un hogar, una hija y ayuda. Ese día pensó llegar más temprano y pidió permiso en ambas instituciones. Estaba de cumpleaños su hija pequeña, quién se podría negar. Las tiendas cerraban temprano en el centro, por lo tanto decidió apresurarse. Compró una torta pequeña. Pensó en Qillqa y se le removió el estómago.

Corrió por la Alameda y tomó una liebre para llegar a casa. Ya era tarde, pero aun así el ánimo no decayó. Se apresuró y caminó por el pasillo, abrió la puerta de la pieza donde debía encontrarse Quillqa, mas no estaba. Continuó, con algo de alegría, puso la torta en la mesa que estaba en la cocina. Prendió la luz y la pantalla, cuya apariencia verdosa y con

frutas proyectaba una suerte de vitral. De pronto apareció Qillqa y con un acento extraño dijo: - "¡Saqra!", abrazó a Olmedo y se retiró. Algo nervioso, el escritor buscó un cuchillo para cortar la torta. De la nada un forcejeo, una quebrazón de vidrios y un sollozo ahogado. Los sonidos venían desde la pieza de la niña. El dramaturgo corrió con el cuchillo en la mano. Sentía que estaba escribiendo este libro, que aquel cuchillo era su pluma y aquella vida su texto. En un instante abrió la puerta, frente a sus ojos vio a este ser con cuernos, quien se lanzó por la ventana con rapidez. Olmedo llama a la policía. Le cuesta explicar lo que sucede, su voz parece extraña y las descripciones eran dignas de un borracho. Se arrepintió mucho en el momento, debió correr tras ese sujeto y recuperar a su hija. Se puso un abrigo y corrió por las calles gritando su nombre. En ese mismo momento un joven de 25 años iba patrullando la ciudad en su Fiat 125. En la radio suenan los números para un caso insólito: "Un hombre vestido de animal corre con una niña en sus manos". El joven avanza raudo y de la nada, se detiene ante un monstruo. Un hombre con aspecto de animal lo ojea minuciosamente. La pequeña que llevaba en un brazo coincidía con el reporte. El joven apuntó con gran temor. De un momento a otro el ser se movió y golpeó al lozano policía. Con dolor se levantó y disparó contra la sombra que tomaba impulso para lanzarse con los cuernos. El agente se replegó, se refugió detrás del capot, las luces le jugaban en contra. El ser se movía con libertad en la oscuridad. De pronto un salto, un respiro profundo y cae sobre el auto hundiendo parte del capot. El policía logra darle y esquivo el puñetazo del híbrido ser quien, dando un grito desesperado, huye de la escena, escapando de la proyección de las luces. El joven camina hasta la puerta del auto, toma el comunicador y dice: -"Aquí Garmendia, necesito apoyo y una ambulancia-". Un sujeto llega a su lado y se tira al suelo. Garmendia se acerca y le pregunta: "-¿usted también sigue al ser?-". Andrés le afirma los pies y le pide que la encuentre, mientras se desmaya.

El recuerdo del escritor se detiene y escribe algunos detalles en el texto. Se siente derrotado. La bestia había ganado en su mente. De pronto un escalofrío lo hace recordar el nombre de su hija: "Mariela". Sus ojos se humedecen y la divisa a muy poca distancia. La luz tenue de la lámpara del escritorio parecía engañarlo. Se acerca a la mujer y la acaricia. Ella de pronto se transforma lentamente. Su cuerpo se vuelve frío y sus brazos ya no son de piel humana, sino de escamas. La presión ahoga a Andrés, hace que sus ojos se salgan de orbita y dichoso, continúa viendo a su pequeña. Los huesos crujen, las costillas se entierran en los pulmones y la sangre escurre entre los dientes. El hombre solo asiente con gran amor ante los ojos de su niñita. Llegó el momento. Los actores después de hacer aquel ritual suben a la alcoba del escritor. Entre todos pasan a la pieza y dan cuenta con horror, de cómo una serpiente gigante se come al dramaturgo. Los actores y actrices se desgastan gritando, pero nada pueden hacer: el director es engullido por una anaconda. De un momento a otro sienten el olor a canela en el ambiente. Cada actor comía

del otro y luchaba por sus presas. Los ojos de cada sujeto se tornaban rojos y llenos de furia. Las extremidades eran mordidas. El edificio completo se transformó en un antro de humanos que se daban caza unos a otros.

Garmendia estaba en su momento de relajación cuando de repente suena su teléfono celular. La cara de su aprendiz se refleja en el táctil: “-Aquí Garmendia ¿Qué mierda quieres, Carlitos?” Los ojos de aquel joven volvieron a aparecer en el rostro del viejo inspector. El mismo miedo que sintió hace 30 años retorna.

“-Cercaron, ¿Dirección? Voy para allá. Que no se escape nadie-”.

Capítulo 12

XII.- Lucas Garmendia

La PDI, carabineros y el GOPE estaban delante del edificio mirando cómo las sombras corrían una detrás de otras. Los seres que aparecían eran atestados por las cargas eléctricas de las unidades policiales. Después de 2 horas los cuerpos cubiertos de pelaje, plumas o gruesa piel ya no parecían extraños. Los seres intentaban resistirse y lanzaban gritos indescifrables. Los oficiales tomaban los cuerpos intentado no contaminarse. El inspector, al llegar, hizo retroceder todas las fuerzas y pidió equipo anticontaminante. Carlitos tenía la mirada perdida en un objeto enorme que se movía por todo el edificio. En ese momento estaba como un perro alterado. El inspector Lucas le silbó y este, como un sabueso, volcó los ojos hacia él. Pero en un arranque de ira se inclinó y corrió detrás de aquella figura seseante que golpeaba muros y ventanas. Los oficiales intentaron detener a Carlos Silva, mas sus esfuerzos fueron en vano. Se transformó en medio de la oscuridad y corrió desaforado tras la presa. Los hombres y mujeres comenzaron a dar cuenta de pequeñas transformaciones en su piel y de pronto, un aullido se escuchó entre las líneas de carabineros. Un fuerte olor a canela se sintió en todos lados. Comenzó una lucha interna. Los seres ya caídos empezaron a soltarse y se lanzaban contra los policías. Se cercó con otro perímetro más ancho y las fuerzas especiales se atrincheraron detrás de los escudos rectangulares. Garmendia respiraba escondido por su respirador de rostro. Los oficiales luchaban a golpes contra seres uniformados que se pasaban al otro bando. El armamento de los carabineros diluyó a los animales que peleaban entre sí. Los atacados se replegaban, la pared de los uniformados se cerró y los disparos se fortalecieron. La reacción de los seres fue sorprendente: se dieron cuenta de que los uniformados podían sobrevivir a los postones. Los trajes especiales de los transformados protegían el cuerpo animal. Ya no hubo más conflicto entre los seres y comenzaron a moverse se forma unitaria. Los uniformados, que como monos avanzaban, se protegían detrás de los escudos. De pronto la unidad dejó de moverse, se agacharon dando la posibilidad de que otros seres saltaran sobre los escudos. Los escuderos abrieron huecos intentando separarse de los intrusos que estaban en sus filas. A golpes y puntapiés los carabineros amedrentaban a los intrusos. La turba entró en la defensa y con fuerza, destruía las fuerzas especiales. En una especie de pesadilla, Garmendia veía caer a todas las fuerzas especiales. Con la cara llena de temor observó cómo la turba rompía con todo. Sus compañeros gritaban desesperados y disparaban a los seres quienes los atacaban. De la nada un pequeño se interpuso en la escena y le entregó un arma. El pequeño moreno se escabulló entre las piernas de los seres. Lucas miró el arma y dijo: “-Mi antigua Walter-” Sonrió y comenzó a disparar. Con un par de carabineros corrieron contra los seres. “-Vamos mierda, si son solo monos-” Junto a eso un grito ensordecedor que repelió a los animales. La

redada comenzó a componerse y el cierre del perímetro fue efectivo. Los de fuerzas especiales fueron más allá y aprovechando el momento de engullida, que se perpetraba frente a sus ojos, ejecutaron a sus antiguos compañeros. Un disparo en la cabeza y los animales uniformados caían. La inteligencia o resistencia fue nula y los seres se entregaban a comer sus presas. Los oficiales de la PDI empezaron a disparar al aire, los carabineros disminuían a los seres, mientras que los del GOPE se dedicaban a reventarles las cabezas. Los animales corrían a refugiarse. Más oficiales llegaron, mientras Garmendia cerró rápidamente el perímetro. Una unidad privada entró por la azotea del edificio. A pedido de Garmendia se rastreó al joven Carlos y se apresó a los seres más débiles. En el tercer piso se encontró a Carlos Silva, lleno de sangre, con su lengua afuera y parte de su estómago mordido. Garmendia lloró la pérdida de su oficial aprendiz. Una sensación de escalofrío se asomó en las espaldas de todos los oficiales que buscaban seres en el edificio. Un ánima desaparecía en medio de la calle a la vista de algunos. Los más viejos recordaban aquel rostro: Era Mariela.